

Apatía política

El Estandarte.

México, Febrero 13 de 1843.

Indiferencia política

Algo dijimos en nuestro número anterior acerca de este azote de la sociedad, aunque considerándolo únicamente con relacion á la independencia. Mas si á este respecto es un mal gravísimo, lo es mucho mas cuando se comunica al interer del gobierno; esto es, cuando afecta de una manera positiva y directa la organizacion interior; porque si bien el primero de todos lo deberes de un pueblo, el bien mas grande es su independencia, sin la cual no puede concebirse felicidad real, tambien es cierto, que nunca llega á amortiguarse el amor patrio hasta el punto de abandonar la defensa de aquel inapreciable don del Todopoderoso. Las revueltas políticas de que hemos sido víctimas por tantos años, y las demas concausas por ellas producidas y de que aunque ligeramente hablamos ya, dieron en efecto por triste resultado la apatía con que se ha visto la guerra de Tejas, que no puede ni debe sernos indiferente, no solo porque estamos en la estrecha obligacion de lavar la mancha de San Jacinto y de reconquistar aquella porcion de nuestro territorio, sino porque la causa de la humanidad se interesa muy eficazmente en que no toleremos que en nuestro continente subsista ese indigno comercio de hombres, que es en realidad una patente de oprobio para los que vivimos en el siglo diez y nueve, y que mas que otro pueblo, estamos en el caso de destruir nosotros, que desde que dimos el primer paso en el mundo social, tuvimos la gloria de abolir constitucionalmente la esclavitud, declarando libres á los que bajo ella gimieran con el hecho solo de pisar el suelo mexicano. Verdad es esto, repetimos; pero no por tal hecho lamentable y vergonzoso ciertamente, debe inferirse, que la independencia nos sea indiferente: el fuego sagrado de Dolores é Iguala existe en la república, y solo necesitamos avivarlo, para que si por desgracia tuviéremos que lidiar por aquella santa causa, demos otro ejemplo el mundo como el que recibió Barradas en 1829. La libertad, pues, la organizacion interior es la que hallándose atacada del mismo mal, necesita mayores y mas empeñosos remedios.

Ley constante de la naturaleza es, que á las grandes pasiones suceda la calma que produce, ó la satisfaccion de aquellas ó el desengaño. Así vemos que cuando arrebatado por los ardores de la juventud, el hombre siente por la vez primera las dulces emociones del amor, no hay freno que baste á detenerle en su impetuosa marcha. Nada son los obstáculos; nada las privaciones, nada los sacrificios, con tal que la esperanza de poseer al objeto amado no abandone su corazon. Pero cuando el triste desengaño abre sus ojos á la luz de la razon; cuando ésta con su indestructible poderío llega á hacerse oír, pasados los primeros

instantes en que el amor propio ofendido y la esperanza burlada, arrojan su víctima á todos los furores de la desesperacion, pasados estos instantes, la calma renace, que unas veces suele ser aurora de felicidad, si llega á convencerse el hombre de su error, y otras es no mas que síntoma de abatimiento y abandono, que da por resultado ese criminal quietismo, que cuando conviene se traduce por convencimiento y tranquilidad, y que no es en realidad mas que la indiferencia, que nace del desaliento ó del imperio que en el alma ejercen ya otras pasiones bastardas.

Lo mismo sucede en el órden social. Por muchos siglos se debatió en el mundo la causa de la religion con el empeño que de suyo debia producir negocio tan grave. A las disputas seguian los suplicios, sustituyendo á las cátedras los cadalsos, á los argumentos la cuchilla, y á los doctores los verdugos, medios espeditos para convencer. Tras estos horrores vino la filosofia del siglo pasado, que sembró la duda en todas materias, y á ella siguió el indiferentismo como consecuencia forzosa. Y así debia ser; porque si despues de tantos castigos, despues de haberse inundado en sangre toda la Europa, no habia llegado á establecerse un punto de acuerdo entre las sectas beligerantes, el alma se hallaba preparada para vacilar, y despues de esta vacilacion, para abandonar el terreno de la disputa y la disputa misma; por lo cual vemos que en el presente siglo no hay ya ese furor de hacer prosélitos, ni los hombres que adoran á Dios trino y uno persiguen á los que se circuncidan ó á los que van á la Meca á comprar mayor número de celestiales Huris.

Pero si esto es hasta cierto punto un bien, pues que evita espectáculos horrosos y pone á los pueblos en paz unos con otros, no deja de producir males, porque resfria el sentimiento religioso, y relaja los vínculos de la moral. Sin embargo, estos peligros tiene antidotos en la buena educación y en el ejemplo, y Dios nos libre de echar menos ni por un momento, aquellos dias de maldición en que en nombre de un Dios, toda bondad, se encendian las hogueras del santo oficio.

Mayores y de menos fácil curacion son los males que produce la indiferencia política; porque ademas del desprecio á que el pueblo en quien domina, se acarrea de parte de los otros, trae consigo la desaparicion de los hombres mas distinguidos de la sociedad y la prostitucion de las ideas. Con efecto: cuando en una nacion llega á perderse todo interes por el bien público; cuando los hombres procuran ya solamente su comodidad particular, sin cuidarse de los negocios comunes; cuando el fastidio ácia el trabajo que demanda el gobierno, ocupa el lugar que antes el patriotismo; cuando la fê en los que mandan llega á considerarse como una paradoja, entónces el indiferentismo político ha tocado á su extremo, y la sociedad es víctima de una docena de malvados, que conservando aun algun fuego, ó lo que es mas fácil, teniendo mas arte para disimular sus ambiciosas miras, se apoderan del mando y hacen feudo propio suyo el patrimonio de los demas. ¿Ni cómo puede suceder otra cosa si los hombres que podian influir ventajosamente en los negocios, abandonan el campo y se retiran á los hogares domésticos á llenar el aire de infructuosas y criminales lamentaciones, que no son mas que otros tantos anatemas que lanzan sobre su propia

conducta, que por mas que quieran cohenestar con frívolos pretextos, no puede lavarse del borron que lleva consigo su interesado desprendimiento?

Si el poder cae en manos de los perversos; si el tesoro público se convierte en caja de fomento para los mas vergonzosos vicios; si las rentas de la nacion sirven solo á pagar la delacion, la perfidia, y la adulacion; si los destinos son no mas que medios de satisfacer ambiciones rastreras y premios de la traicion, de la bajeza, y acaso un arbitrio para acallar las quejas de la virginidad violada, del lecho conyugal deshonorado, de la amistad vendida; si presa la sociedad de ciertos individuos, la justicia no sirve mas que para quitar de enmedio al que estorba; si no hay órden; si la libertad ha huido; si todo es trastorno y confusion, ¿de quién es la culpa? Los que se aprovechan de la ocasion son criminales; pero no son inocentes los que preparan esa ocasion con su insensata indiferencia.

Crean que viviendo lejos del torbellino politico, escaparán del contagio y librarán su vida, su honor y sus bienes de la persecucion y del pillage; pero la realidad, mas temprano ó mas tarde los convence de su error, cuando en su mismo retiro les exigen una injusta entribucion, o les roban manifiestamente su hacienda; cuando la hoja de un periódico les llena de insultos ó una calumnia deducida ante los tribunales, aja su reputacion; cuando un asesino pone término á sus dias, ó la cuchilla de la ley descargada por el brazo de un enemigo oculto, corta su cabeza en un patíbulo y lega su nombre á la posteridad con una mancha de aprobio, ¿qué lograron, pues, con abandonar el terreno? A la patria, á sus familias, á sus intereses, ¿de qué sirvió aquella oscuridad, á que tal vez se condenaron, no guiados del desengaño ó arrastrados por el desaliento, sino impedidos por el deseo de ocultar faltas antiguas ó de gozar en secreto el fruto de no inocentes especulaciones? ¿Con qué derecho pueden quejarse de una sociedad á quien dejan entregada á sus verdugos? ¿Cómo pueden pedirle proteccion y defensa si en nada la sirven? Si no cumplen el primero de sus deberes, ¿cómo se atreverán á demandar garantías? Sufran, pues, la pena de su egoismo, y cúbranse de rubor al considerar la parte tan eficaz que han tenido en la desgracia de su patria. ¿Ha tocado la república á este extremo?